

vive reunido con su semejante, dándole ó recibiendo su ayuda en las mútuas necesidades de la vida práctica.

Por todo esto creo que Santa María, á pesar de que dice haber viajado por Tamaulipas para escribir su historia, no se tomó el trabajo de visitar el seno de sus montañas, dejándose guiar en su relato por las noticias vagas, inciertas ó exageradas que encontró escritas por algun misionero español, ó por los informes que pudo recojer de los colonos llevados á aquellas campiñas por el coronel Escandon cuando consumó su conquista. Y bien claro está el empeño con que misioneros y colonos procedentes de los españoles, denigraban hasta donde les era posible á los indígenas, exagerando con grandes proposiciones su insensatez y barbárie, para justificar en algo ante los ojos de sus propias conciencias la guerra de exterminio que se les hacia.

Con el mismo objeto, tal vez, no dice Santa María una sola palabra que conceda á aquellas tribus tamaulipecas algun indicio de cultura y civilizacion; y siempre que el historiador se preste á las iniciativas de las pasiones nacionales ó privadas, dejando á un lado esa imparcialidad que debe servir de norma á todos sus escritos, ya no será historia lo que trace su pluma, sino los sueños que forje su cabeza bajo el dominio de sus pasiones y tendencias.

La historia debe ser siempre dictada por la verdad, y el escritor que escucha la voz de las pasiones, se constituye por lo comun en un charlatan vulgar, que deja á la posteridad el trabajo de esclarecer las mentiras ó errores que dejara escritas.

La segunda de las piezas señalada con el número 4, es un trozo de cilindro, esférico por uno de sus extremos, y filoso y agudo por el otro, que sin duda alguna era usado como cincel para labrar la piedra destinada á las construcciones de las fincas ó á vaciar la superficie de las lozas en los bajos relieves.

De esta clase de objetos me volveré á ocupar mas tarde al hablar de las extensas ruinas indígenas, sobre las cuales se han formado al presente las fincas y labores del rancho de San Francisco. Por lo pronto, y para poner algun órden en mis descripciones, paso á ocuparme de las ruinas de la Sierra de la Palma, situadas á seis leguas al Norte de las ruinas de Miradores, de que he tratado en el presente capítulo.

IV

LA SIERRA DE LA PALMA.

La vegetacion que cubre la Sierra de la Palma, es una de las mas exuberantes en la demarcacion de la municipalidad de Altamira; y en el seno de esta montaña habian permanecido olvidadas ó desconocidas durante muchos años las ruinas de una ciudad indígena.

En un dia de Marzo de 67, el dueño del rancho de la Palma, que está situado en la cima de la montaña de este nombre, cuya descripción tengo hecha anteriormente, conociendo ya la existencia de estas ruinas, me hizo una invitacion para visitarlas, y habiendo hecho las provisiones que nos parecieron necesarias en nuestro proyectado paseo, salimos una mañana dispuestos y animados á pasarnos algunos dias en aquellos montes si era necesario, para su completo reconocimiento.

Al salir del rancho, caminamos hácia el rumbo del Norte por cerca de un cuarto de legua, y atravesamos arboledas sombrías cuyo follaje lograba apenas penetrar el sol por uno que otro claro de la espesura.

Al fin de esta pequeña caminata, llegamos á encontrarnos en frente de una pirámide formada de tierra en el centro, y cubierta en su superficie exterior con una pared de piedras labradas, interceptada en dos de sus puntos por los peldaños de dos escaleras.

Algunos árboles habian crecido en la planicie superior de esta pirámide intercalando sus raices entre las juntas de las piedras, y haciéndolas perder su primitiva posicion derribándolas al pié de las paredes.

Despues de examinar de pronto esta pirámide, reconocí todos sus

contornos, encontrando á cada paso hileras de piedras labradas, colocadas unas veces en líneas rectas, y otras formando curvas irregulares con la particularidad de que en el centro ó parte interior de estas líneas, el terreno se elevaba figurando montones mas ó ménos altos y perceptibles,

En este reconocimiento llegué á encontrar otra pirámide de iguales proporciones á la anterior que el monte nos habia ocultado, y que situada á unos cincuenta metros de la primera, tenia como ésta dos escalerillas, aunque mas desfiguradas y deshechas que las de aquella.

Este segundo monumento se halla formado como el primero; su volumen es de tierra cubierto con una pared exterior de piedra labrada.

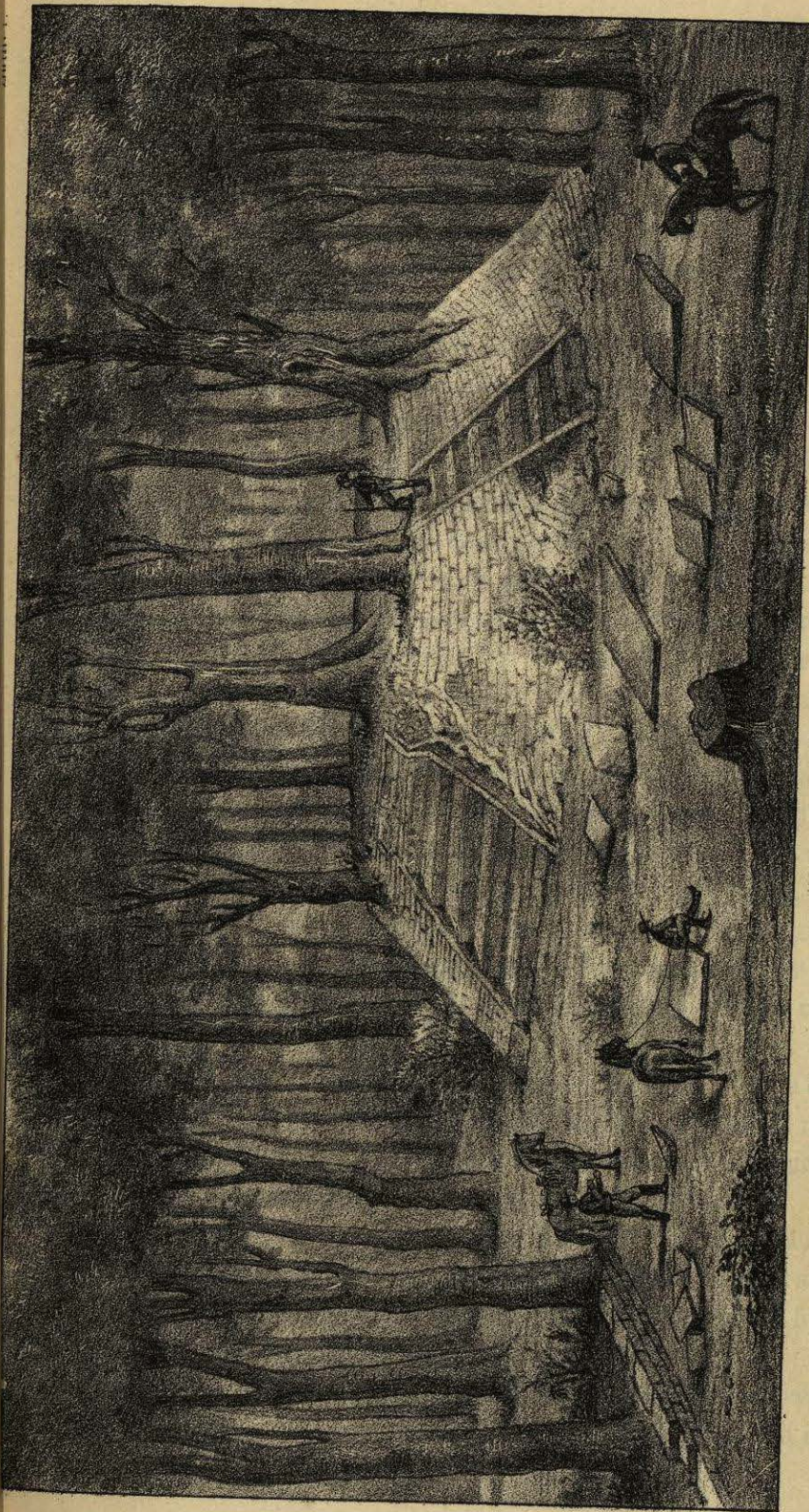
Quando hube revisado todo el espacio que ocupan aquellas pirámides y las líneas de piedras que se encuentran diseminadas por sus alrededores, conocí que aquella habia sido una ciudad populosa, cuya fundacion indudablemente fué dirigida por hombres que tenian ideas claras y determinadas de la simetría.

En el centro del terreno ocupado por aquellas ruinas, se encuentran colocadas las dos pirámides á que me he referido, y las líneas de piedras y montañas de tierra formadas por los escombros de las habitaciones antiguas, se extienden al lado del Sur de las pirámides, mas de quinientos metros y otro tanto hácia al lado del Norte, ocupando una faja de terreno que no llega á ciento cincuenta metros de anchura.

La vegetacion se eleva en todos aquellos cúes de una manera uniforme, por decirlo así, y en ella me llamó la atencion encontrarme un gran número de árboles de chico zapote, con la circunstancia que éstos en su mayor parte, no habian crecido sobre los escombros sino fuera de ellos; lo que me hizo suponer desde luego, que aquellos árboles habian sido plantados ahí por la mano del hombre y no habian sido brotados al solo impulso de la naturaleza; pues de no haber sido así, se encontrarían indistintamente colocados, tanto en los lugares que ocupan las ruinas, como en sus intermedios.

Otra de las razones que me hace afirmarme mas en esta conjetura, es la de que en los montes de todo el distrito del Sur de Tamaulipas, no he encontrado nunca esta clase de árboles mas que en estas ruinas.

Las pirámides indígenas de la Palma, son los únicos monumentos de esta especie que se encuentran en todo el Estado de Tamaulipas; á no ser que existan algunos otros, que ocultos en el secreto de las mucha^s



México, Lit. J. Rivera, Hijo y C^a.

Ruinas indígenas en la Sierra de la Palma.

montañas cuyo reconocimiento todavía no se ha practicado, permanezcan aún desconocidos.

Para conocer la formacion y estructura de estas pirámides, emprendí el mas atento reconocimiento.

Con una barra, de la que nos habiamos provisto con el objeto de cavar los cúes, practicamos un pozo en la parte superior de una de ellas, y encontré que no era tierra suelta la que formaba el espesor y altura de la pirámide, sino capas de adoves ó lodo batido, que se distinguian perfectamente puestas las unas sobre las otras, con la misma claridad con que en los barrancos de las montañas se ven por lo comun las capas geológicas y sucesivas del globo terrestre.

La forma que ostentan estas pirámides es la de un cono truncado, cuya altura llega á poco mas de tres metros, teniendo aproximadamente quince metros de diámetro en su base y ocho en su planicie superior.

En la parte céntrica de una de estas pirámides, se hallaba colocada una loza ligeramente vaciada del centro y de grandes dimensiones, pues mide dos metros veinticinco centímetros de largo, y poco mas de un metro de anchura. En la otra se hallaban clavados en el centro de su base superior, y entre los troncos de los árboles que se elevan sobre ella, tres ídolos de piedra negra, que cuando yo visité tales sitios ya no existian en el lugar que habian ocupado; pues que con anterioridad habian sido arrancados por el actual poseedor de aquel terreno y llevados al rancho de la Palma, en donde aun se ven los dos mas chicos, que miden una altura de setenta centímetros; porque segun se me informó, el ídolo mas grande de los tres, lo habia hecho llevar á Tampico un señor español de aquel comercio, con el fin de enviarlo á uno de los museos de su país.

La gran piedra que se halló colocada sobre una pirámide, y de la que he hecho mencion, fué tambien arrancada de su sitio y llevada al rancho de la Palma, en donde al presente se le vé colocada en unos cuatro piés de gruesos palos, haciendo el papel de una mesa de cocina.

El dibujo de uno de estos monumentos, y que se vé litografiado en la primera lámina de este libro, logré sacarlo con regular exactitud aunque para ello tuve que hacer derribar un árbol, que colocado á su frente, me interceptaba en parte el conjunto de la perspectiva.

De todas las anteriores observaciones hechas con respecto á estas dos pirámides, se desprenden con bastante claridad el fin y objeto con que fueron construidas por los indígenas.

Aquella en cuya cima se hallaron clavados verticalmente los tres ídolos mencionados, representaban el templo formado para la colocacion de las imágenes de sus dioses y su respectivo culto y adoracion; y la otra, en la cual estaba la piedra ahuecada ligeramente en su centro, estaba tal vez destinada á los sacrificios; y en ella, sin duda eran colocados los prisioneros de guerra condenados á morir ante la efigie de los dioses que habian concedido la victoria á los sacrificadores.

En estas ruinas se encuentran tambien lozas rectangulares de grandes dimensiones, muy bien pulidas, que servian indudablemente para extender sobre ellas las pieles que curtian, pues aun en el dia el propietario de la Palma y algunos de los vecinos de este punto, han acarreado á sus fincas algunas de estas lozas, y suelen emplearlas con este objeto.

Esta circunstancia, unida á la de que se hallan tambien en estos escombros muchos triángulos filosos por uno de sus lados, de piedra y barro cocido, que sirven para tallar el pelo de las pieles que se curten, no deja duda ninguna de que los que habitaron en otro tiempo la Sierra de la Palma, conocieron el arte de preparar las pieles de los animales que mataban; y que si se tomaban este trabajo, era sin duda con el fin de formarse con ellas sus mantos ó vestidos, resguardando así el cuerpo con las gamuzas, de los rigores de la intemperie.

Hay otra circunstancia que hace suponer que la tribu que habitó aquellos sitios, tuvo como un gran recurso para ciertas necesidades de la vida la industria curtidora, y es la de que abundan en la parte del Norte de la Cordillera de la Palma, todos los cuadrúpedos montarases comunes en esta América.

Ahí el javalí se encuentra á menudo en numerosos atajos, recorriendo los encinales, y ocultándose, cuando se ve sorprendido en lo mas impenetrable de los cardonales; ahí el venado tiene sus escondites, cuando perseguido en el llano por el cazador, se ve obligado á buscar la espesura; y otros animales como el leopardo, la pantera, el jaguar y el coyote, tienen tambien en los retiros mas ocultos de esta montaña sus lugares de asilo.

Una de las cosas que se nota tanto en las ruinas de la Palma, como en las de Miradores y en todas las otras que están situadas en las orillas de la laguna de Altamira, hácia el Poniente, es la carencia absoluta de pedernales ú otra clase de púas para las armas.

Es indudable que aquellas tribus usaban el arco y la flecha como ar-

ma mas generalizada entre ellas, y natural seria encontrar en estas ruinas algunos pedernales de los que colocaban agudos y cortantes en las extremidades de las flechas.

Mas ni una sola pieza de esta clase he llegado á encontrar en las muchas veces que he visitado tales lugares, pues lo único que en cuanto á armas indígenas he reunido, son como lo explicaré mas adelante, una especie de hachas ó mazas de piedra, filosas las unas, agudas las otras y que indican por su figura, que el único fin con que se usaron fué el de herir con sus golpes á los enemigos.

Dos únicas explicaciones pudiera en mi concepto dársele á esta carencia de otra clase de armas en estas ruinas; la primera es de que aquellos indios construian las puntas de sus flechas, dardos ó lanzas, de madera; y que ésta se ha convertido en polvo y nada con el trascurso del tiempo como naturalmente sucede, no encontrándose hoy por tal razon restos ningunos de flechas ú otra clase de armas punzantes.

Aunque parezca raro que la madera hubiese sido utilizada por los indígenas tamaulipecos en la construccion de sus armas, esto no tiene nada de extraño, puesto que existen maderas en aquel suelo sumamente duras y pesadas; al grado que con una lanza de ébano ó mezquite bien aguzada, ó con una jara, cuya punta fuere de las mismas maderas, puede herirse mortalmente á los animales que se conocen como de piel mas gruesa y resistente.

La segunda explicacion, es la de que los indios cuando abandonaron estos pueblos y se retiraban al centro y costas del Norte del Estado, iban sosteniendo una guerra constante con los conquistadores, por cuya circunstancia se llevaban consigo cuantos útiles de guerra podian tener á la mano, no dejando en sus hogares que abandonaban mas que los trastes inútiles para el combate.

Un solo objeto he encontrado en los escombros de la Palma, que adherido á la extremidad de un palo hubiera podido servir de lanza, que consiste en un pedazo de cobre rojo, aplanado y angosto, largo de cinco pulgadas y agudo por uno de sus extremos.

Este es tambien el único objeto de metal que ha llegado á mis manos, pues todo lo demas que tengo en mi poder concerniente á antigüedades indígenas, está formado de distintas clases de piedra y barro cocidos.

Aunque generalmente se cree que el indio en Tamaulipas no conocia medios ningunos para poder extraer el metal de las piedras minerales,

sobre esto me permitiré citar aquí otros dos hechos que prueban, que las tribus que habitaron las ruinas á que vengo refiriéndome, emplearon el oro, la plata y el cobre, en varios de los objetos que les eran familiares en sus costumbres.

Por el año de 1850, un propietario de los terrenos bajos del rio Tamesí que conocia las ruinas de Miradores, abrió un desfiladero en el monte, desde el lugar en que se encuentran éstas hasta la orilla de la laguna, en un tramo de mil quinientas varas de longitud, y por este camino improvisado hizo acarrear á la orilla del lago, gran número de piedras labradas que mandaba arrancar de las paredes caídas de los escombros; en seguida las embarcaba en grandes canoas, y llevándolas al traves de la laguna á su propiedad del rio, las utilizó en poner los pisos de sus casas y el ademe de los pozos ó norias que servian á los trapiches ó alambiques.

Se me cuenta por testigos oculares de estos hechos, que el citado propietario, al haber desbaratado por completo los trozos de pared que formaban un escombros, para recojer toda la piedra útil que en él se hallara, encontró una pequeña taza de oro, toscamente labrada, y que mas bien tenia la figura de una campanilla. Esto aun se repite en el dia por algunos de los peones que se ocuparon en aquellos trabajos.

Otro caso de que tambien tengo conocimiento y que es mucho mas reciente que el que acabo de citar, es el hallazgo que tuvo un labrador en los cúes que se encuentran situados un poco mas arriba de la finca de Palmas Altas y sobre la márgen izquierda del rio Tamesí.

Estos cúes quedan comprendidos en un terreno de labor, y el arado en repetidos barbechos, los ha escarvado, minorando su elevacion y extendiéndolos en un espacio mayor del que ocuparon en un principio.

Este hallazgo que acabo de mencionar consistió en cuatro tejos de oro circulares, de tres pulgadas de diámetro, y que segun los informes que sobre ellos me proporcionó el propietario de Palmas Altas, pesaron hasta seis onzas cada uno.

Fuera de estos tres casos, no tengo conocimiento de que se hayan encontrado en los escombros antiguos, comprendidos en la jurisdiccion de Altamira ningunos otros objetos de metal; pero ellos son bastantes á demostrar que si bien aquellos indígenas no empleaban el hierro para formar sus trastes ni útiles de guerra, porque les fuera tal vez este arte completamente desconocido, sí al ménos conocian ya las nociones

mas indispensables de la mineralógia, puesto que aunque muy imperfectos, nos han dejado en sus ruinas estos ejemplares.

Por otra parte, se nos cuenta por el historiador Ramirez, que cuando Nuño de Guzman gobernó por los años de 1528 la provincia de Pánuco, verificó algunas incursiones fuera de su demarcacion; y en ellas, guiado por su desenfranaada ambicion y codicia, mandaba abrir los sepulcros de los casiques para recojerles las joyas; y es lógico suponer que éstas fueran de ricos metales, porque de otro modo, Nuño de Guzman no se hubiera tomado el trabajo de buscarlas.

Esta tendencia, bien natural por cierto en los conquistadores, de reunir en cuanto les era posible las riquezas de los indígenas, es la que viene á explicar con claridad el por qué no se encuentran en aquellas ruinas mas que muy raras cosas de metales preciosos.

Es que han de haber sido registradas en todos sentidos, y hasta en el secreto de los sepulcros por los soldados españoles, que al atacar cada una de aquellas poblaciones, y al conseguir en cada asalto una nueva victoria, trataban cada uno por su cuenta, de recojer como botin de guerra todo lo que podia parecerles oro.

Las ruinas de la Palma han de haber sido abandonadas por los indígenas algunos años despues de haberse visto precisados á abandonar el pueblo de Miradores.

El fundamento de esta aseveracion lo hago consistir en que la vegetacion en la parte superior de la montaña que ocupan las pirámides y escombros, es aún mas nueva que el monte que cubre las ruinas de Miradores.

Así como tambien otra de las razones en que pudiera fundarse esta creencia, es la de que los cúes de la Palma están situados mas de seis leguas al Norte del lugar que ocupan los de Miradores, dividiéndolos un terreno muy accidentado y montañoso; y puesto que cuando Hernan Cortés pasó las lagunas que se encuentran al Norte de Chila y fué á destruir las poblaciones indígenas (15) que se hallaban en las riveras opuestas, y por otra parte los indios que habitaban estas poblaciones se alejaron al Norte despues de su derrota, natural es suponer que llegaron en su retirada á la ciudad de la Palma, que escondida entre altos montes y léjos de las lagunas que asolaba el conquistador, les ofre-

(15) Entre estas poblaciones figuraban lo que hoy se llama ruinas de Miradores y otras de que hablaré despues.

cia por lo pronto un lugar de retiro y refugio; y esto viene tambien en apoyo de la conjetura de que esta poblacion fué habitada algunos años mas que las destruidas por Cortés en las márgenes de Champayan.

Para terminar el presente artículo, haré constar aquí que en la montaña de la Palma se encuentran todas las diversas clases de maderas que se usan en la actualidad en Tamaulipas, en la construccion de las fincas rústicas y urbanas; los terrenos de esta montaña en toda su extension son propios para la agricultura; en ellos se hallan varias frutas silvestres como la guayava, el jovo, la coma, el zapote chico y la pitajaya; ahí se tiene tambien una caza abundante de venados, tejones, javalíes, guajolotes y chichalacas; y ademas se encuentran en las pendientes de esta cordillera que miran al lado del Este y próximos á las ruinas, algunos ojos de agua potable y de buen gusto, que ni en las secas mas fuertes que se han sufrido por aquel rumbo se han llegado á agotar.

Todas estas ventajas reunidas decidieron tal vez á los antiguos moradores de aquel suelo, á elegir en el centro de la pequeña serranía de la Palma, el asiento de una de sus ciudades principales; así como en sus últimas prominencias del Sur que van á terminar sobre las orillas de los lagos, levantaron tambien la no ménos extensa ciudad de Miradores.

Desgraciadamente los nombres primitivos de estas dos poblaciones no han sido conservados por la Historia, y no son tampoco conocidos ni por los mas viejos de entre los actuales habitantes de los alrededores. Forzoso pues me ha sido con respecto á este punto, conformarme con los nombres con que se les conoce al presente.

V

LAS RUINAS DE CHAMPAYAN Y BAJO TAMESÍ.

En la finca de San Francisco, que está situada á cuatro leguas al Poniente de Altamira y en las márgenes de la laguna de Champayan, existió en la época de la conquista de México por los españoles, una poblacion no ménos grande y poblada que lo que revelan haber sido las ruinas de Miradores y la Palma, de que acabo de ocuparme.

Los indicios ó restos de construcciones indígenas que se encuentran en los terrenos de esta finca, se extienden en un espacio de cerca de un cuarto de legua de diámetro, y no dudo en afirmar que la poblacion que ahí existió fué una de las asaltadas y destruidas por Cortés en su expedicion por los lagos del Norte de Chila.

Hace poco mas de treinta años que la superficie de terreno ocupada por las labores y fincas de San Francisco, eran selvas impenetrables, cuya exhuerante vegetacion hubiera hecho creerlas de la mas remota antigüedad.

Nadie al ver aquella espesura hubiera pensado que bajo su eterna sombra estuvieran ocultos los escombros de un pueblo.

Mas un dia se eligió aquel sitio para formar un rancho, tal vez por la pintoresca perspectiva que por todos lados ofrece ahí el paisaje, ó bien por la ventaja de que al traves de la laguna y por los diferentes brazos y esteros del rio Tamesí, es practicable la navegacion en canoas hasta el puerto de Tampico; y entónces cuando el hacha del labrador hubo derribado la montaña, quedaron descubiertas las ruinas de una